

cuidado de no estrujarle, besé su carita colorada, como aquel día la de su padre allá en el chiribitil de Vargas.

Entonces reía abajo la perversidad de Salustiano y se retorció de gusto. Ahora lloraban la excelente doña Romana, la viuda y la hija, y así, entre lágrimas de buenos corazones, se realizaba el acto misericordioso de apadrinar á mi nuevo ahijado.

Sin embargo, á mí me parecía escuchar la cargada sarcástica de Maltancito y su sangrienta ironía: «¡Soy Vicente de Paul!»

VIII

Cáusame rubor el confesar que al año escaso de estos tristes sucesos caía yo enredado de nuevo en las mallas de mi primero y único amor, ó sea prendido en las gracias, aún frescas y atractivas, de Delfina Dáver. No piensen mal los que tal sepan, que en seguida voy á explicar cómo fué, antes que se me atribuyan adulterinas intenciones de que no soy capaz y me horrorizan. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo creer que tan espantoso pecado pudiera colarse en mi alma y perderla?

Sabido es que yo no veía á Delfina desde mucho antes de casarse, y que mi rompimiento con mi tío Tejera, en cuya casa éramos ambos visita diaria, opuso nuevo y mayor inconveniente á la oportunidad de vernos; en suma, que hacía la mar de años que no sabía yo de ella más que lo que el rumor público, en lo po-

co que mi vida retirada y mi ninguna curiosidad podían recoger, murmuraba y censuraba. Cuando la muerte de mi hermana Clara y de mi tía Sandalia, cambié con ella tarjeta de pésame, pues ella también sufrió entonces la pérdida de su padre, siendo ella la iniciadora de esta demostración amistosa, y ahí acabó la tímida reconciliación y de ahí no hubiera pasado si la boda de Arturo con Isaura, una parienta de su marido, y la doble desgracia que la siguió no hubieran renovado el inofensivo tarjeteo. Algún tiempo después, una mañana, al volver de una esquina de la ciudad, nos tropezamos.. Veinte años de vivir en la misma ciudad sin vernos parece mentira, y es verdad, simplemente. Como si uno y otro, al darnos la espalda, hubiéramos echado á andar siempre adelante y por camino fijo, por ser redonda la tierra llegó un día en que nos encontramos frente á frente, y frente á frente quedamos examinando en silencio, con cortedad y sorpresa, los cambios visibles de viaje tan dilatado...

No he de asegurar que Delfina era la misma de casa de Tejera, mordiendo desdeñosa la borla de su abanico, ó la gentil y pérfida amazona de los Olivos; ¡ay!, ¡qué había de ser!; pero se asemejaba á aquella lo que el pimpollo á la rosa abierta, y me pareció más hermosa, más mujer, si con aumento de carnes y de años, que sin error de cuenta pasaban de los treinta y siete y un piquillo, con mayores hechizos también, aunque éstos no fueran de la índole candorosa que entonces me seducían. No era la misma y lo era, en

el aire, en no sé qué, que aun con los ojos cerrados me la habría dado á conocer mi corazón.

— ¡Delfina!

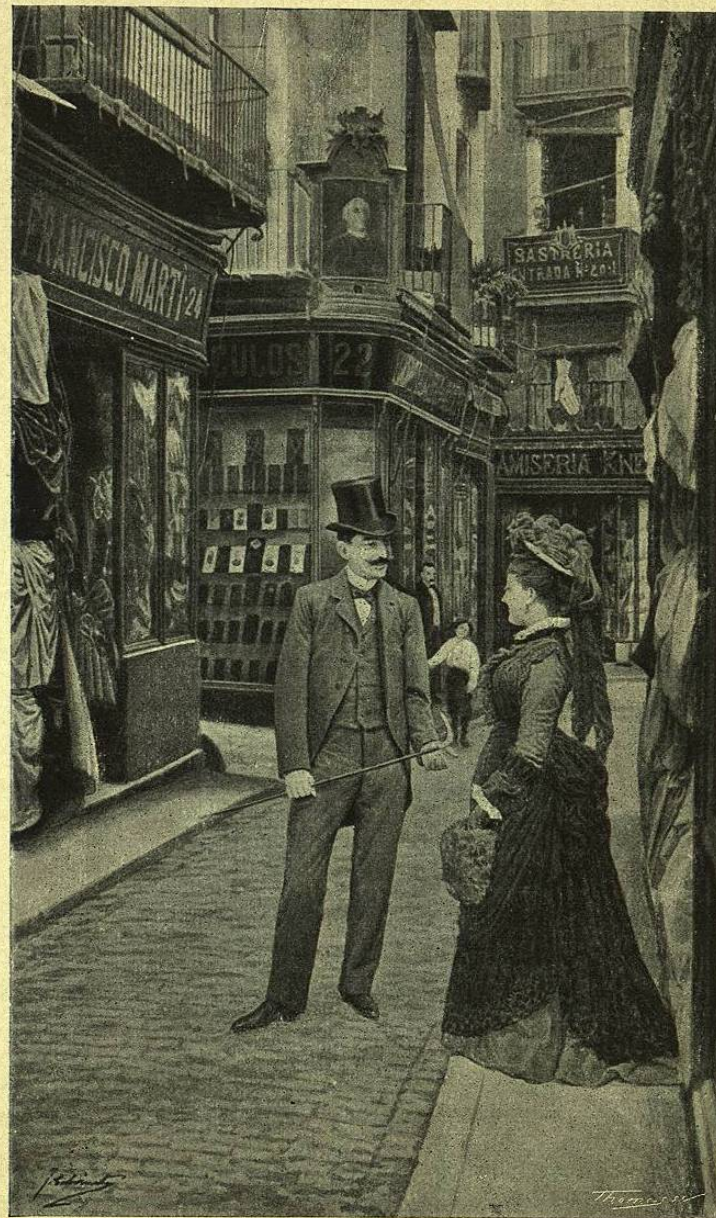
Llevaba vestido y sombrero negros y encerraba sus manos en rico manguito de nutria, sin que asegurara fuera luto riguroso ó de alivio el suyo, ó simplemente capricho de coquetería, porque no entiendo de trapos, ni conozco las pragmáticas del duelo en la indumentaria femenina. Creí cumplir descubriéndome ante ella y siguiendo de largo, acaso con la esperanza de que no me reconociera, que las que no aman no tienen memoria; pero ella me llamó sacando del manguito y exponiéndola al frío para ofrecérmela su mano, enguantada de negro también.

— ¡Riquez!

Y nos detuvimos, como digo, sin hablar, con curiosidad ambos, yo con emoción profundísima. La mañana era gris, y el aire de junio congelaba su respiración esmaltando de gotitas cristalinas el velo sutil que la cubría á medias la cara. Me miraba sonriendo, como si el encontronazo la fuera agradable y no tuviese escrúpulo en mostrarlo.

— Ya ve usted que le he reconocido — me dijo con aquella voz armoniosa suya que nada había variado; — pasaba usted y me dije: ¡es mi juventud que pasa, mis ilusiones de otros días! Está usted, Riquez, tal cual, y no es maravilla que le haya reconocido. En cambio, yo, hecha una vieja, ¿verdad?

Encarrilada sabiamente por terreno tan fácil la



Está usted, Riquez, tal cual, y no es maravilla que le haya reconocido

conversación, en pocos minutos la cordialidad reinó absoluta, y apoyados en la varilla de bronce del escaparate delante del cual nos hallábamos, ella enjugando las gotitas del velo, que á ratos parecían lágrimas, y yo mirando la exposición de juguetes de la tienda, cuando me daba miedo mirarla á ella, charlamos por los codos, entre el estrujamiento de la acera.

Nos contamos nuestras respectivas historias ligeramente, por medio de preguntas y respuestas breves y sin comentarios, que reservábamos para más tarde, sin duda, en el recóndito programa que esta frase suya permitía lícitamente forjar:

— Soy viuda. Maltán murió hace algunos meses.

Frase que pronunció enronqueciendo la voz y cargando las cejas con enfado. Yo la dí el pésame torpemente, excusándome de que mi retraimiento belgranense me impidiera conocer cuanto pasaba en el mundo, pues se daba el caso que no leía periódicos en un mes; pero Delfina, como si el tema la desagradara, me habló de su madre, la pobre misia Candela, parálitica ya de mucho tiempo y muda de resultas de una apoplejía, y halló manera de reír y de punzarme ligeramente con afectuosa ironía cuando supo lo del nuevo rorro que criaba yo en casa y el cómo y el porqué de tan singular prohijamiento.

— Pero ¿acabará usted de criar chicos, Riquez? ¡Qué hombre! Es usted la inclusa andando.

Me reí yo también, porque, á la verdad, dignos de risa eran los lances en que mi estrella me ponía, y,

como otras veces, me avergoncé de mis buenas acciones que así daban lugar á la burla y seguramente á malignos pensares. Como no podíamos parar, estrellados contra el escaparate á cada palabra, Delfina se despidió recabándome la promesa de que había de ir á visitarla, promesa que yo la otorgué sin embozo y con más agrado que el que deseara demostrar.

— Porque supongo que no me guardará usted rencor... ¿Quién se acuerda de tonterías?

Dijo, y se marchó, convencida de que si yo me acordaba de *aquello*, rencor ninguno podía guardarla.

Tal origen tuvo, bien sencillo y nada rebuscado, ni dramático por cierto, mi tardía reconciliación con Delfina. Y es curioso comprobar cómo mi antigua pasión, antediluviana de puro vieja, cristalizada en el fondo de mi alma cual momia que se conserva al través de los siglos, revivía al simple conjuro de su voz y la sentía yo, camino de Belgrano, calentarme el pecho y animar mi fantasía lo mismo que en aquellos tiempos de la tertulia de Tejera, ¡ay, tan apartados!

El no entender de psicología ni de nada que con la ciencia filosófica tenga tocamiento, no será óbice para que yo exprese mi parecer en este punto, que aun los rústicos saben decir lo que sienten; y lo que yo sentía, después de mi entrevista con Delfina, era como una resurrección de todo mi ser, que encerrado en obscura catacumba pasó aquellos cuatro lustros que ella fué de Maltán, y no habiendo amado, ni gozado, ni vivido, en suma, paralizada la preciosa ma-

quinaria, rompía á andar de nuevo al calor de su mirada, ahora que Maltán había muerto y ella era libre. Alegre el alma, veía azul el cielo gris y hojas y flores donde la escarcha prendía su encaje, en las ramas secas... Yo era el mismo de antaño, á pesar de sufrimientos, de penas y de canas; en poco estaba que me creyera á caballo recogiendo en el camino de los Olivos todas mis ilusiones perdidas y frescas aún, por milagro.

A esta repentina llamarada de una pasión que ignoraba yo latente, pues siéndome vedado pensar en ella, sólo la recordaba para dolerme de su desvío y de mi mala suerte, sucedió una confusión y un amilanamiento imponderables, en que dudas, sospechas, razones de interés, temores y suspicacias se mezclaron con riesgo para mi cabeza de perderla. A pesar de la promesa otorgada, hice ánimo de no visitarla, pensando que si ella, como yo, no había cambiado, la viuda encantadora, lo mismo que la niña del abanico y del minué, encontraría á D. Perfecto ridículo, y esta idea, más que ningún otro argumento, me obligó á esconder en la concha de Belgrano mis cuernecitos de caracol, que ya empezaba á sacar fuera tímidamente, y oculto transcurrió más de un mes y transcurrieron largos meses... ¿A qué visitarla?, me decía, ¿con qué objeto? Relación simplemente amistosa no puede existir donde el amor fué causa de guerra y destierro. Ni soy yo un carcamal, ni ella una estantigua todavía para que, ó ella, arrepentida y castigada y mejor aconseja-

da por los desengaños, ó yo, con mi eterna ambición de cariño compartido, hastiado de mi soledad, caigamos en la tentación peligrosa de renovar aquellas escaramuzas en que, ella de talle corto y yo de levita azul, malgastábamos nuestro brío juvenil. No somos viejos, pero como si lo fuéramos: más que los años, el pasado nos envejece. Y suponiendo que ella y yo volviéramos á las andadas, ¿me conviene á mí mudar de estado ahora que no soy ya un pollo?, y ella, ella, en su vida de mal casada, durante este largo apartamiento, habrá ó no habrá cambiado de carácter, de... ¡Ay!, ¡qué falta me hace mi tía Sandalia!

Qué sé yo cuántas reflexiones por el estilo, y otras que no apunto porque invadían el terreno de lo que ni á los que pasamos por buenos nos es dado evitar, pues el pensamiento humano es mariposa y es mosca que ya sobre las flores ó ya sobre la inmundicia se reposa alternativamente..., digo que toda suerte de reflexiones me hacía yo para destruir mi intención y desvirtuar mi promesa de visitar á la viuda de aquel Maltán afortunadísimo, arrojado del mundo tan presto y tan callandito; y que lo conseguí es prueba que dejé pasar muchos meses.

Pero, repentinamente, un día salí de mi cueva con la firme intención de ver á Delfina. Estaba triste, no sé, la insipidez de mi vida me pesaba más aquel día, gris como el del encuentro casual, y fui y me planté en el caserón del Retiro, cuyos umbrales no pisaba desde... ¡Ya había llovido, ya! Él sí que no había cam-

biado y era la misma casa-cuartel con las paredes desconchadas, el patio frondoso, las magnolias y los naranjos asomando sus empinadas ramas por la azotea, y jazmines y glicinas sirviendo de espléndido cortinaje en puertas y ventanas exteriores. Creo que era el mismo el perro que junto al aljibe dormitaba, medio ciego ya y aplanado por la vejez, ó por lo menos parecía el mismo y era sin duda descendiente de aquel que contestaba con sus ladridos á los golpes del llamador, vigorosamente zarandeado por mi mano de veinte años... Mis sueños de entonces, como aparecidos que rodean al profanador del cementerio, me asaltaron y envolvieron en sus frías gasas:

— ¿Quién eres? ¿Qué buscas? ¿Qué quiere el señor Riquez?

— ¿El Sr. Riquez? — dijo entre las enredaderas una voz celestial; — que pase, que pase.

Y vi la figura de aquella mujer extraña escurrirse y desaparecer, como la personificación de la más cruel de mis ilusiones, mientras el criado me conducía á la sala y con una reverencia me señalaba un sillón de damasco...

Contrariado estaba yo de verme allí y mi timidez me espoleaba porque huyera; no me senté, que el pensar en la encerrona me hacía dar vueltas, como si acabaran de enjaularme, y en una de estas vueltas se levantó un tapiz y reapareció Delfina.

¿Acertaré á pintar lo hermosa que estaba con aquella bata de encajes y el aire desahogado y cortésano